

Boccaccio. El Decamerón

Coincidencias contemporáneas

Mario Javier Pacheco

El siglo XIV fue fecundo en obras que trascendieron los tiempos para erigirse en íconos de la literatura universal, entre ellas algunas, que parecieran hilarse e influenciarse cronológicamente, como La Divina Comedia, de Dante Alighieri, terminada en Florencia en 1321, El Decamerón de Giovanni Boccaccio culminado en Génova en 1351 y los cuentos de Canterbury, de Geoffrey Chaucer, terminado en Londres en la década de 1380.

La Italia medieval que inspiró a Dante traía como antecedente, la carga religiosa de gobiernos teocráticos, cuando nadie podía apartarse de los parámetros establecidos por el cristianismo, ni muchos menos de los dogmas religiosos que eran incontrovertibles. De ahí que su visita al Infierno, Purgatorio y Cielo, sitios inaccesibles para los mortales, a donde de manera inevitable llegamos todos, causara enorme curiosidad y escándalo, especialmente porque el autor colocó en los tres sitios a personajes reconocidos en la sociedad florentina de su tiempo.

La trama de la Divina Comedia es secuencial, hay un episodio distinto, un cuento diferente en cada infierno, purgatorio o cielo, hilvanados por el recorrido de Dante y Virgilio. La religiosidad está presente, en esta obra que reafirma dogmas y paradigmas del bien y del mal, clasificando los pecados de forma muy original.

Años después aparece, -con conceptos diametralmente opuestos a la religiosidad de la Divina Comedia, pero no por eso sin su influencia- El Decamerón, de tinte moralista, ejemplarizante, que pretende dejar enseñanzas, desde una óptica muy humana, en la cual las pasiones son el motor de cada uno de los cien cuentos. El fatalismo reverente de la obra de Dante es reemplazado por la gracia ligera, el humor y la ironía de diez jóvenes, siete mujeres y tres hombres, quienes, tratando de escapar del aburrimiento, deciden turnarse para contar cada uno un relato, cuento o corta novela, desprendidos de sentimientos religiosos, y más aún, proyectando el desprestigio de los clérigos, que abusaron de su posición para aprovecharse en lo económico, en lo político y hasta en lo sexual, de sus crédulos fieles.

Años más tarde, en la década de 1380, el estilo es replicado en Londres por Geoffrey Chaucer, cuando recrea el viaje de un grupo de peregrinos que desde la

taberna de Southwark se dirigen a Canterbury, y con la misma disculpa de escapar del aburrimiento, acuerdan que cada uno relate de manera secuenciada, como en El Decamerón, cuentos a los demás integrantes del grupo.

El grupo de diez jóvenes huye de la peste negra que azota a Florencia y se refugia en una villa donde pasan diez noches, durante las cuales, cada uno de los integrantes cuenta una historia, la mayoría con una moraleja, abundando en escenas picantes, de esposas y novias jóvenes que engañan a sus viejos y celosos maridos.

A pesar del fondo moralizador de los cuentos, es interesante observar en la lectura, cómo Bocaccio abandona los valores tradicionales de la Europa medieval, en los cuales las virtudes son la templanza, el desinterés, el ayuno, las obras logradas a fuerza de trabajo, constancia y honestidad y parece más bien burlarse de estos valores, para premiar, de manera desenfadada, la juventud, la infidelidad, la belleza física, la desfachatez, la astucia, el engaño, de quienes timan a viejos, avaros, comerciantes, clérigos, autoridades, que se creen muy vivos y astutos.

En el Decamerón, además de abandonar el concepto de virtuosismo noble o ingenuo, Bocaccio evita acudir a los lugares comunes de la literatura de su tiempo, como lo fueron la mitología, los personajes fantásticos con poderes extraordinarios y el mito, para centrarse en el hombre común y corriente, al que exagera en sus defectos y virtudes, pero paradójicamente haciéndolo humano hasta la médula, y dejándolo a la deriva de sus propias sensualidades.

El sexo en El Decamerón es una fruta prohibida y deseada por hombres y mujeres, siempre dispuestos a jugarse las más extremas aventuras con tal de conseguirlo, Bocaccio describe sexo en las tabernas, en las alcobas de maridos engañados, en prados, jardines y hasta en los conventos, donde monjas y abadesas se sienten felices de poseer al mancebo que les hace de jardinero.

Tuvo éxito este libro desde su primera publicación y, no obstante que la iglesia lo incluyó entre el Index de los libros prohibidos, se sabe que fue el preferido de frailes y cortesanos.

A pesar de contener El Decamerón muchos cuentos de riqueza temática, de picantes historias, de moralejas profundas, cuyo análisis ofrece todo un banquete para la imaginación, nos inclinamos por la novela novena de la primera jornada, que puede tacharse de modesta ante sus antecesores y predecesores, por su cortedad y por su temática aparentemente insulsa. Es el cuento sobre un avaro a quien la frase de un hombre generoso lo hace cambiar.

Lo escogimos por razones personales, posiblemente vanas y poco pertinentes, tres coincidencias a setecientos años de diferencia nos causaron la necesaria curiosidad para preferirlo. En el pueblo donde vivimos, cercanos a la ribera del Magdalena, hay un Arminio Piñeres Grimaldi, valido de su prosapia y pariente no muy lejano de la dinastía de los príncipes Grimaldi de Mónaco, que son precisamente de linaje genovés. -no sería extraño que el genovés Herminio Grimaldi, el avaro que Bocaccio menciona en su novela octava sea su ascendiente directo- Dejamos constancia, para que no se nos malinterprete, que entre las virtudes nobiliarias de nuestro paisano, no hay ninguna tacañería, es todo un gentilhombre enamorado del hontanar que le correspondió por cuna, y la coincidencia que nos atrajo, tan solo llega hasta la casi homonimia con el personaje del Decamerón.

Vive igualmente en el pueblo un tacaño proverbial, cuyo nombre no mencionaremos y que, como el Grimaldi de la novela, cerró su corazón a todo aquello que no produzca réditos, y aunque amante del buen licor, no se toma un trago que no sea pagado por otros. Las anécdotas sobre su proceder son tan famosas como el caudal de sus arcas celosamente vigiladas.

Cuánto añoramos un Guiglielmo Borsieri que fuera capaz de hacerle entender con una frase, que por muy grande que sea su sepultura, no cabrán en ella sus alhajas, y qué, cerrados sus ojos, carecerá de poder para evitar que su prole las dilapide o utilice como les plazca.

Laureta, sentada al lado de Filostrato es la encargada de la novela que tiene como antagonista a Herminio de los Grimaldi y como protagonista a Guiglielmo Borsieri.

El primero de ellos es un gentilhombre con mucho, muchísimo dinero, pero avaro y miserable, como el que más, al punto de no invertir en su vestuario y alimentación sino lo estrictamente necesario, de tal forma que sus caudales, con tan prosaica forma de vivir aumentan, al tiempo que su avaricia y mezquindad.

Laureta se distrae un poco en divagar sobre el cambio sufrido por los hombres que anteriormente se ocupaban de propiciar la paz, de ayudar, de corregir defectos, y que en la actualidad parecen “asnos educados”, aficionados al chisme, a “sembrar cizaña” a los “falsos halagos” y siendo más reconocidos por buenos y honrados los que peores cosas dicen y hablan.

Esta es la tercera coincidencia, otra característica de nuestro pueblo, premonitoriamente dibujada por Bocaccio con casi 700 años de distancia, que nos hizo detener sobre la novela contada por Laureta.

Herminio no hacía favores y ya el vulgo lo había despojado de su apelativo, para nominarlo simplemente Herminio Avaricia, pero éste no se dio nunca por enterado, hasta un día, cuando llegó a Génova un importante forastero de nombre Guiglielmo Borsieri. Era costumbre que la sociedad de entonces atendiera y agasajara a los recién llegados. Grimaldi, curioso del extranjero, consideró que una atención que le saldría gratis, sería invitarlo a que conociera una hermosa casa que estaba terminando de construir, y en tono amistoso le preguntó, si le podía sugerir alguna cosa para pintarla en la sala de aquella casa, debía ser alguna maravilla que el genovés jamás hubiera visto.

Guiglielmo le respondió que sí, que él conocía algo maravilloso que Herminio no conocía. Que mandara pintar la cortesía.

Herminio se avergonzó de tal forma que fue transformado y le prometió mandar a pintar la cortesía, de un modo “que nunca nadie más podrá decir que no la conozco”. Fue tal la transformación que de esa época en adelante a Herminio se le reconoció por generoso.

Bibliografía

Web

www.hola.com/casasreales/2003/06/12/monaco-1/ - España

repdeval.com/Circulo/Famosos/Boccaccio/Decameron.pdf

www.diarioinca.com/.../la-divina-comedia-dante-alighieri.ht

www.guzlop-editoras.com/web.../Cuentos_de_Canterbury_GCh.pdf